

LA MANO

CAPITULO ALFONSO

## LA MANO

---

Todos formaban círculo en torno del señor Bermutier, juez de instrucción, que daba su parecer acerca del misterioso crimen de Saint-Cloud. Un mes hacía que aquel asunto apasionaba á los parisienses sin que nadie comprendiera nada de él.

El señor Bermutier, en pie, de espaldas á la chimenea, hablaba, reunía pruebas, discutía las diversas opiniones, pero no afirmaba nada.

Muchas mujeres se habían levantado para acercarse al magistrado de cuyos labios salían las palabras temerosas. Se estremecían, vibraban, crispadas por un miedo entreverado de curiosidad, por la insaciable y ávida necesidad de sentir terror que atenacea su alma y las atormenta como una nueva forma del hambre.

Una de ellas, más pálida que las otras, dijo, rompiendo el silencio:

—Es horroroso. Raya en los límites de lo «sobrenatural». Nunca se sabrá nada.

El magistrado se volvió hacia ella:

—Sí, señora, es probable que jamás se averigüe nada. Pero la palabra «sobrenatural» que ha pronunciado usted nada tiene que ver en el asunto. Nos hallamos en presencia de un crimen muy hábilmente concebido y ejecutado y tan envuelto en profundo misterio que no podemos arrancarle de las circunstancias impenetrables que le rodean. En otro tiempo tuve que intervenir en una causa donde parecía, en verdad, mezclarse algo fantástico. Fué preciso sobreeserla por falta de medios para estudiarla.

Muchas mujeres dijeron á la vez:

—Cuenta, cuenta usted.

El señor Bermutier sonrió con la gravedad que cuadra á un juez y dijo:

—No vayan ustedes á creer, por lo menos, que imaginé que en esa aventura había algo sobrehumano. Sólo creo en las causas normales. Si en vez de emplear la palabra «sobrenatural» para expresar lo que no entendemos, dijéramos «inexplicable»,

creo que sería mucho mejor. De todos modos en lo que voy á contarles, lo que más me impresionó fueron las circunstancias preparatorias. He aquí los hechos:

Era entonces juez de instrucción en Ajaccio, una preciosa ciudad situada en el fondo de un golfo rodeado de altas montañas.

Las causas más comunes de aquel punto son las de *vendetta*. Las hay soberbias, dramáticas, feroces, heroicas. Allí aparecen los más hermosos asuntos de venganza que es dable imaginar, los odios seculares, apaciguados un momento, jamás extintos, las astucias abominables, los asesinatos que degeneran en carnicerías casi gloriosas. Desde hacía dos años sólo oía hablar del precio de la sangre, de ese horrible prejuicio corso que hace vengar una ofensa en la persona que la ha inferido, en su familia y en sus descendientes. Había visto asesinar á viejos, mujeres, primos y sólo pensaba en tales cosas.

Supe un día que un inglés acababa de alquilar por muchos años una quinta en el fondo del golfo. Traía un criado francés que alquiló en Marsella.

Pronto habló todo el mundo de aquel inglés, que vivía solo en su casa, de la cual sólo salía para

cazar y pescar. No hablaba con nadie, no venía jamás á la ciudad, y cada mañana tiraba una ó dos horas al blanco.

Pronto se inventaron mil leyendas. Unos decían que era un gran personaje que había huído de su patria por motivos políticos. Otros afirmaban que se ocultaba porque había cometido un crimen horroroso. Y daban detalles espeluznantes.

Quise, en mi calidad de juez, indagar algo acerca de aquel hombre. Nada pude saber. Se hacía llamar John Rowell.

Me contenté, pues, con vigilarle; pero en realidad nada preciso se decía contra él.

Pero como las habladurías aumentaban y se generalizaban, se me ocurrió ver por mí mismo al extranjero, y empecé á cazar cerca de su propiedad.

Tardó mucho en presentarse una ocasión favorable. Se presentó por fin en forma de perdiz, una hermosa perdiz que maté á las barbas del inglés. El perro me la trajo, y yo, cogiéndola, me excusé de mi vivacidad y rogué á sir John Rowell que aceptara el ave.

Era un hombrón de pelo y barba rojos, muy alto, muy fornido, una especie de hércules muy pacífico y amable. No tenía la sequedad de sus paisanos y

me dió las gracias en un francés no muy puro que digamos. Al cabo de un mes habíamos hablado cinco ó seis veces.

Una tarde, pasando por delante de su casa, le vi sentado en el jardín fumando en pipa. Le saludé y me invitó á entrar para beber un vaso de cerveza. No me hice repetir la invitación.

Me recibió con la exquisita cortesía inglesa; habló con elogio de Francia, de Córcega, y declaró que le gustaba mucho *esa* país, *ese* playa.

Entonces le hice, con grandes precauciones, algunas preguntas acerca de su vida, de sus proyectos. Contestó sin embarazo alguno; me contó que había viajado mucho por Africa, América y la India. Y añadió riendo:

—Tuve *muchos* aventuras, ¡oh! *yes*.

Luego habló de caza y me dió curiosas explicaciones acerca de las del tigre, del elefante, del rinoceronte.

Le dije:

—Todos esos animales son muy temibles.

Sonrió.

—¡Oh, no! El peor *era* el hombre.

Se echó á reir á carcajadas, con risa bonachona de inglés contento y dijo:

—También *hube* cazado muchas veces al hombre...

Me habló de armas y me invitó á examinar su colección de escopetas y carabinas.

La sala estaba tendida de negro, de seda negra con bordados de oro. Grandes flores amarillas relucían como si fuesen de fuego sobre la obscura estofa.

Me explicó:

—Es *un* ropa japonés.

En el centro del mayor entrepaño un objeto raro me llamó la atención. Sobre un fondo de terciopelo rojo había una cosa negra. Me acerqué. Era una mano, una mano de hombre. No una mano de esqueleto, blanca y limpia, sino una mano negra desecada, con las uñas amarillas, los músculos sin piel y con huellas de sangre, que parecía betún, sobre los huesos cortados como de un hachazo, cerca de la mitad del antebrazo.

Alrededor de la muñeca, una cadena de hierro soldada á aquel miembro asqueroso, lo amarraba á la pared por medio de una argolla capaz de detener el empuje de un elefante.

Pregunté:

—¿Qué es esto?

El inglés contestó tranquilamente:

—Fué mi mejor enemigo. Viene de América. La corté de un sablazo, arranqué la piel con una piedra cortante, y la hice secar al sol durante ocho días. Es una cosa que me gusta mucho.

Toqué aquel resto humano que debió de haber pertenecido á un coloso. Los dedos, muy largos, ostentaban tendones gruesos que en algunos puntos conservaban tiras de piel. Aquella mano era espantosa, despellejada de aquel modo, y evocaba alguna venganza de salvaje.

Dije:

—Debía ser un hombre muy robusto.

John Rowell contestó con placidez:

—¡Ah! ¡sí! pero yo fuí más fuerte. Le he amarrado con esta cadena para detenerla.

Creí que bromeaba, y repliqué:

—Ahora es bien inútil esta cadena; no es probable que se escape.

Sir John contestó gravemente:

—Siempre quiere huir. Necesita esta cadena.

Le miré un instante, pensando:

—No sé si es un loco ó un bromista de mal género.

Pero su cara permanecía impenetrable, tranquila

y benévola. Hablé de otra cosa, y alabé las escopetas.

Noté, sin embargo, que había tres revólvers cargados sobre los muebles, como si aquel hombre temiera de continuo ser atacado.

Estuve otras veces en su casa. Luego ya no fui más. La gente se había acostumbrado á su presencia, y nadie se cuidaba de él.



Transcurrió un año entero. Una mañana, á fines de noviembre, mi criado me despertó, anunciándome que sir John Rowell había sido asesinado durante la noche.

Media hora más tarde entraba en la casa del inglés con el jefe de policía y de los gendarmes. El criado, horrorizado y desesperado, lloraba junto á la puerta. Sospeché de él; pero pronto vi que era inocente.

Nunca se pudo dar con el culpable.

Entrando en el salón advertí, á la primera ojeada, el cadáver tendido de espaldas en el centro de la estancia.

El chaleco estaba desgarrado, colgaba una manga casi arrancada; todo indicaba una lucha horrible.

El inglés había muerto estrangulado. Su cara negra é hinchada, espantosa, parecía expresar un terror abominable; tenía algo entre sus dientes apretados, y el cuello, con cinco agujeros que se dijieran producidos por púas de hierro, estaba cubierto de sangre.

Un médico examinó largo rato el cadáver, y dijo:

— Parece haber sido estrangulado por un esqueleto.

Se me puso la piel de gallina, y miré hacia la pared, donde tiempo antes viera la horrible mano despellejada. La cadena, rota, pendía. La mano había desaparecido.

Entonces me incliné hacia el muerto, y vi que tenía en la boca uno de los dedos de aquella mano, cortada, ó mejor, aserrada por los dientes junto á la segunda falange.

Procedimos á un reconocimiento. Nada encontramos. No había sido forzada ninguna puerta, ninguna ventana, ningún mueble. Los dos perros de guarda no se habían despertado.

He aquí, en pocas palabras, lo que contó el criado.

Desde un mes antes su amo parecía inquieto. Había recibido muchas cartas, que quemaba después de leer.

A menudo, empuñando un látigo, presa de una ira que parecía la de un demente, golpeaba con furor aquella mano disecada, afianzada á la pared y arrancada, Dios sabe cómo, á la hora de cometer el crimen.

Se acostaba muy tarde y se encerraba con grandes precauciones. Siempre tenía armas al alcance de su mano. A veces, por la noche, hablaba alto, como si disputara con alguien.

Aquella noche, por casualidad, no había hecho ruido y tan sólo al entrar para abrir las ventanas, advirtió el criado que sir John estaba muerto. No sospechaba de nadie.

Comuniqué cuánto sabía del difunto á los magistrados y gendarmes y se hizo un reconocimiento en diversos puntos de la isla. Nada se descubrió.

Una noche, tres meses después del crimen, tuve una horrorosa pesadilla. Me parecía que veía la mano, la horrible mano, correr como un escorpión ó como una araña por el pabellón de la cama y por las paredes. Tres veces me desperté, tres veces volví á dormirme y tres veces vi el asqueroso resto correr por mi cuarto, moviendo los dedos como si fueran patas.

Al día siguiente me la trajeron. La encontraron

sobre la tumba de sir John Rowell, del que no se pudo descubrir la familia. Faltaba el índice.

Esta es la historia, señoras; no sé nada más.



Las mujeres, espeluznadas, estaban pálidas, temblorosas.

Una de ellas dijo:

—¡Pero esto no tiene desenlace ni explicación! No vamos á dormir si no nos dice cómo ocurrió eso, según usted.

El magistrado sonrió con severidad.

— Siento, señoras, desvanecer sus tremendas apreciaciones. Creo simplemente que el propietario legítimo de la mano no había muerto y que fué á buscarla con la que le quedaba. Lo que no sé es cómo pudo lograrlo. Fué una especie de *vendetta*.

Una de las señoras murmuró:

—No, no debió ser así.

El juez, sin dejar de sonreír, decidió:

— Ya les había prevenido que no les gustaría mi explicación.

UNIVERSIDAD DE MONTREAL  
BIBLIOTECA DE MONTREAL  
"ALFONSO" "121"  
Año. 1925 MONTREAL, QUEBEC



CAPILLA ARGENTINA  
CANTON DE ARGENTINA

LO HORRIBLE

## LO HORRIBLE

---

La noche templada se acercaba lentamente.

Las mujeres quedaron en el salón de la quinta. Los hombres, sentados á caballo sobre las sillas del jardín, fumaban ante una mesa redonda llena de tazas y copitas.

Los cigarros brillaban como ojos en la sombra cada vez más densa. Habían contado un terrible accidente acaecido la víspera: dos hombres y tres mujeres que se ahogaron en el río frente á la quinta, á la vista de los invitados.

El general G... dijo:

—Sí, estas cosas son conmovedoras, pero no son horribles.

Horrible, esa vieja palabra, es más expresiva que

terrible. Un accidente como el ocurrido trastorna, conmueve, asusta; no enloquece. Para experimentar el horror se necesita algo más que la emoción del alma y que el espectáculo de una muerte violenta. Se necesita una sensación de misterio ó de espanto anormal, sobrehumano. Un hombre que muere, aún en circunstancias dramáticas, no inspira horror; un campo de batalla no es horrible; la sangre no es horrible; los crímenes más viles rara vez son horribles.

Voy á contaros dos ejemplos personales que me hicieron comprender lo que es el Horror.

Era en 1870. Nos retirábamos hacia Pont-Audemer, después de atravesar Ruán. El ejército, compuesto de unos veinte mil hombres despeados, demoralizados, iba á reponerse al Havre.

La tierra estaba cubierta de nieve. Anochecía. No habíamos comido desde la víspera. Huíamos aprisa porque los prusianos estaban cerca.

La campiña normanda, lívida, manchada por las sombras de los árboles que rodean las granjas, se extendía bajo un cielo negro, pesado y siniestro.

Sólo se oía en aquella obscuridad crepuscular el ruido confuso, blando y poderoso, sin embargo, del rebaño humano puesto en marcha. Los hombres,

encorvados, sucios, harapientos, se apresuraban andando por la nieve con paso largo y cansado.

La piel de las manos se pegaba á las culatas, porque helaba aquella noche. A menudo veía un soldado quitarse los zapatos para andar, tanto padecía, y en cada huella dejaba una mancha de sangre. Luego, al cabo de un rato, se sentaba en la cuneta para descansar un momento, y ya no se levantaba. Hombre sentado era hombre muerto.

¡Cuántos soldados hemos dejado detrás de nosotros, que se prometían alcanzarnos después de reposar unos minutos! Apenas habían dejado de moverse, de hacer circular por sus miembros entumecidos su sangre casi inerte, una postración general les clavaba en el suelo, cerraba sus ojos y paralizaba en un instante aquellas máquinas humanas averiadas por las marchas y el hambre. Se desplomaban algo, con la frente tocándoles las rodillas, pero sin acabar de caer, pues sus miembros y su tronco quedaban inmóviles, duros como piedra y no era posible doblarlos más ó estirarlos.

Nosotros, los más robustos, continuábamos andando, helados hasta las entrañas, avanzando por el impulso inicial por entre aquella obscuridad y nieve, por aquella campiña fría y mortal, aplasta-

dos por el pesar, por la derrota, por la desesperación; aniquilados sobre todo por la abominable sensación del abandono, de la muerte, de la nada.

Vi á dos gendarmes que traían un hombrecillo raro, viejo, de aspecto sorprendente.

Buscaban un oficial creyendo haber cogido un espía.

La palabra «espía» circuló pronto entre los rezagados, que formaron círculo en torno del preso. Una voz gritó: «¡Hay que fusilarle!» Y todos aquellos soldados que se caían de fatiga, que no se caían porque se apoyaban en sus fusiles, se estremecieron invadidos por aquella cólera que impulsa á las muchedumbres al asesinato.

Quise hablar; era entonces comandante; pero entonces nadie hacía caso á los jefes y me hubieran fusilado á mí también.

Uno de los gendarmes me dijo:

—Hace tres días que nos sigue. Pide á todo el mundo noticias de la artillería.

Traté de interrogar al detenido:

—¿Qué hace usted? ¿Qué quiere? ¿Por qué nos sigue?

Baluceó unas palabras en un dialecto incomprendible.

Era, en verdad, un sér raro; tenía los hombros estrechos, la mirada astuta y demostraba tanta turbación ante mí, que no dudé de que fuera un espía. Parecía viejo y débil. Me miraba de soslayo, con expresión humilde, estúpida y astuta.

Los soldados gritaban:

—¡Fusilarle! ¡Fusilarle!

Dije á los gendarmes:

—¿Respondéis del preso?

Aun no había acabado estas palabras cuando un empujón terrible me derribó al suelo y ví que los soldados, furiosos, se apoderaban del desdichado, le golpeaban, le arrastraban hasta fuera del camino y le echaban contra un árbol. Cayó, casi muerto ya, en la nieve.

En seguida le fusilaron. Los soldados disparaban contra él, volvían á cargar las armas y disparaban de nuevo con encarnizamiento salvaje. Se peleaban para hacerse sitio, desfilaban ante el cadáver y disparaban, como se desfila ante un féretro para echar agua bendita.

De pronto resonó un grito:

—¡Los prusianos! ¡Los prusianos!

Y oí el rumor formidable de todo el ejército que corría.

El pánico nacido de los disparos hechos contra aquel vagabundo había enloquecido á los mismos ejecutores, los cuales, sin comprender que ellos mismos habían producido la alarma, huían desalados.

Permanecí sólo ante el cuerpo y los dos gendarmes, á quienes el deber había retenido á mi lado.

Movieron aquel cadáver destrozado y sangriento.

—Hay que registrarle, dije.

Y les alargué mi caja de cerillas. Uno de los gendarmes alumbraba al otro. Yo estaba de pie entre los dos.

El que movía el cuerpo, declaró:

—Viste blusa azul, camisa blanca, pantalón y zapatos.

La primera cerilla se apagó; encendieron otra. El gendarme añadió, volviendo los bolsillos:

—Un cuchillo con cachas de cuerno, un pañuelo á cuadros, una tabaquera, un trozo de bramante, un mendrugo.

Se apagó la segunda cerilla. Encendimos la tercera. El gendarme, después de palpar el cadáver durante un minuto, declaró:

—No hay nada más.

Yo dije:

—Desnudadle; quizá tenga algo entre el vestido y la piel.

Y para que los dos soldados estuviesen más libres, les alumbré yo mismo. A la luz de las cerillas les veía quitar las prendas de ropa una por una y desnudar aquel montón de carne aun caliente y muerta.

De pronto uno de los gendarmes balbuceó:

—¡Diablo! ¡Es una mujer, comandante!

No puedo explicar la punzante angustia que me oprimió el corazón. No podía creerlo: me arrodillé ante aquella masa informe: ¡era una mujer!

Los dos gendarmes, asombrados y cortados, esperaban que yo emitiese mi opinión.

No sabía qué pensar ni qué suponer.

Entonces el cabo dijo lentamente:

—Acaso venía en busca de su hijo que sería artillero y del que no tenía noticias.

El otro contestó:

—Quizá sí.

Y yo, que había visto cosas muy terribles, me eché á llorar. Y sentí ante aquella muerta, en la noche helada, en el centro de aquella llanura negra, ante aquel misterio, ante aquella desconocida asesinada, lo que significa la palabra: «Horror».

Experimenté esta misma sensación el año último, interrogando á uno de los supervivientes de la expedición Flatters, un tirador argelino.

Ya sabe usted los detalles de este drama atroz. Pero hay uno que debe ignorar.

El coronel iba al Sudán por el desierto, y atravesaba el inmenso territorio de los tuaregs, que son, en aquel océano de arena que va del Atlántico á Egipto, una especie de piratas tan temibles como los que infestaban los mares en otras épocas.

Los guías de la columna eran de la tribu de los Chambaa, de Uargla.

Un día levantaron el campamento en un punto desierto, y los árabes declararon que, estando un poco lejos el manantial, irían á buscar el agua con los camellos. Un soldado avisó al coronel la traición de qué era víctima. Flatters no lo creyó, y acompañó el convoy con los ingenieros, los médicos y casi todos los oficiales. Fueron asesinados en torno del manantial, y los camellos pasaron á poder de los tuaregs.

El capitán del destacamento de Uargla, que quedara en el campamento, tomó el mando de los su-

pervivientes spais y tiradores, y emprendieron la retirada abandonando bagajes y víveres por falta de caballerías. Pusiéronse, pues, en camino por aquellas soledades sin sombra ni término, bajo los rayos del sol que les abrasaban desde la mañana á la noche.

Una tribu vino á someterse y trajo dátiles: estaban envenenados. Murieron casi todos los franceses, y entre ellos el último oficial.

Sólo quedaban algunos spais con el cabo Pobeguín, y tiradores indígenas de la tribu de Chambaa. Aun quedaban dos camellos. Una noche desaparecieron con dos árabes.

Entonces los supervivientes comprendieron que era preciso devorarse unos á otros, y, apenas descubierta la fuga de los camellos, se espaciaron hasta ponerse fuera del alcance de sus respectivos fusiles, pero sin perderse de vista; y así anduvieron horas y horas bajo el inflamado cielo.

Cuando encontraban un manantial, todos bebían uno después de otro, pero guardando también las distancias. Y andaban por la extensión llana, levantando esas columnitas de polvo que indican desde lejos, en el desierto, el paso de un hombre.

Pero una mañana, uno de los soldados oblicuó

bruscamente, acercándose á su vecino. Todos se detuvieron para mirar.

El hombre hacia el cual iba el soldado hambriento no huyó; se limitó á agacharse y apuntó al que venía. Cuando le creyó á tiro, disparó. El soldado quedó indemne, y, apuntando á su vez, mató á su camarada.

Entonces acudieron todos para obtener su parte. Y el que había matado, descuartizó al muerto y distribuyó la carne. Y de nuevo se alejaron uno de otro aquellos aliados irreconciliables, hasta que un nuevo asesinato volviera á reunirlos.

Durante dos días se alimentaron con aquella carne humana. Luego, hambrientos otra vez, el que matara antes volvió á matar, y como un carnicero distribuyó el cadáver entre sus compañeros, no quedándose más que su parte.

Y así continuó aquella retirada de antropófagos.

El último francés, Pobeguín, fué asesinado junto á un pozo la víspera de la llegada de socorros.

¿Comprenden ustedes ahora lo que entiendo por lo horrible?

Esto es lo que nos contó la otra noche el general de G...

## UN PARRICIDIO

## UN PARRICIDIO

---

El abogado había dicho que estaba loco. ¿Cómo explicar, si no, crimen tan extraño?

Una mañana, en un cañaveral cerca de Chatou habían encontrado unos labriegos dos cadáveres enlazados, mujer y hombre, dos personas conocidas de la alta sociedad parisiense, ya no muy jóvenes, pero casados hacía sólo un año; pues la mujer había quedado viuda poco tiempo antes.

No se les conocía enemigos, ni habían sido robados. Parecía que se les hubiera echado al río después de haberles golpeado con un hierro puntigudo.

Nada se pudo descubrir durante el sumario. Los marineros interrogados nada sabían, y se iba á sobreseer la causa, cuando un carpintero joven,



de una aldea vecina, llamado Jorge Luis, se presentó de rejas adentro.

A todas las preguntas sólo contestó esto:

—Conocía al hombre desde dos años y á la mujer desde hace seis meses. A menudo venían á mi casa para hacerme restaurar muebles antiguos porque dicen que soy un buen oficial.

Si le preguntaban por qué les había matado, respondía con obstinación:

—Les maté porque quise.

No se le pudo arrancar otra confesión. Aquel hombre era, sin duda, un hijo natural; pues le habían entregado á una nodriza de la aldea y le abandonaron después. No se le conocía otro nombre que el de Jorge Luis; pero como al crecer demostró mucha inteligencia, y gustos y delicadezas nativas que no tenían sus camaradas, empezaron á llamarle «el Burgués» y no se le conocía por otro nombre. Pasaba por ser muy hábil en su oficio de ebanista. Algunas veces esculpía con gran habilidad la madera. Se decía que era muy exaltado, partidario de las doctrinas comunistas y nihilistas, lector empedernido de noveluchas especulzantes, gran elector y orador muy escuchado en todas las reuniones obreras.

\*  
\*  
\*

El abogado quería hacerle pasar por loco.

¿Cómo explicar, en efecto, que aquel obrero hubiese muerto sus mejores parroquianos sin intención de robarles, siendo así que en un año le habían dado á ganar más de tres mil francos? Una sola explicación era plausible: la locura, la idea fija del desdichado que quiere vengarse en dos burgueses de toda la burguesía. He aquí por qué el abogado, haciendo una hábil alusión al apodo de «el Burgués» que dieran á Jorge Luis, dijo:

—¿No es acaso una ironía, y una ironía capaz de agriar á ese muchacho que no conoce á sus padres? Es un republicano convencido. ¿Qué digo? Es uno de esos hombres á quienes la República fusilaba y desterraba años hace y que ahora acoge con entu-

sísmo; á ese partido que practica el incendio como principio y el asesinato como medio de acción.

Estas tristes doctrinas que se proclama en los mitins han perdido á este hombre.

Ha oído pedir, á los hombres y á las mujeres, la sangre de Gambetta y de Grevy; su inteligencia pervertida ha naufragado y ha querido sangre, sangre burguesa.

¡No se debe condenarle á él, señores jurados; la culpa es de la Commune!

Circularon murmullos de aprobación. Se prevía que el abogado había ganado la causa. El fiscal lo comprendió también.

Entonces el presidente hizo la pregunta de costumbre:

—Acusado: ¿tiene usted algo que alegar en su defensa?

El acusado se levantó.

Era de baja estatura, rubio, de mirada fija y clara. Una voz recia, franca y sonora hacía simpático á aquel muchacho.

Habló en voz alta, en tono declamatorio, pero tan preciso y claro que sus palabras se oían por todo el ámbito de la amplia sala.

—Señor presidente: como no quiero ir á un ma-

nicomio y prefiero la guillotina, voy á decirselo todo.

He matado á ese hombre y á esa mujer, porque eran mis padres.

Escúchenme y júzguenme.

Una mujer, después de parir á un hijo, lo dió á criar á una nodriza. De fijo que no supo siquiera el nombre de la aldea donde su cómplice dejó á aquel sér inocente, pero condenado á eterna miseria. A la vergüenza de un nacimiento ilegítimo, á la muerte acaso; porque le abandonaron, y la nodriza, no recibiendo el salario, hubiese podido dejarle padecer hambre y morir abandonado.

La mujer que me crió fué más honrada, más mujer, mejor madre que mi madre. Me educó. Hizo mal cumpliendo su deber. Más vale que perezcan esos desdichados que se arrojan á las aldeas de los suburbios como la basura á la calle.

Crecí con la vaga impresión de que llevaba un estigma original. Los otros chicos me llamaron un día «bastardo». No sabían lo que significaba tal palabra y yo la ignoraba también; pero la sentí.

Puedo decir que era uno de los más inteligentes de la escuela. Hubiese sido un hombre honrado, señor presidente, quizá un hombre superior, si mis

padres no cometieran el crimen de abandonarme. Este crimen lo cometieron contra mí. Yo fui la víctima, ellos los culpables. Estaba yo sin defensa, ellos se mostraron sin piedad. Debían amarme, me han rechazado.

Les debía la vida, ¿pero vale algo la vida? La mía en todo caso era una desdicha. Después de su vergonzoso abandono, sólo les debía venganza. Realizaron contra mí el acto más inhumano, más infame, más monstruoso que se puede cometer contra una persona.

Un hombre insultado, pega; un hombre robado, recupera por la fuerza su hacienda. Un hombre engañado, burlado, martirizado, mata; un hombre abofeteado, mata; un hombre deshonrado, mata. Yo he sido más robado, engañado, martirizado, abofeteado moralmente, deshonrado que todos aquellos de quienes vosotros absolvéis la ira.

Me he vengado: he matado. Estaba en mi derecho. Les he quitado su vida dichosa á cambio de la vida terrible á que me habían condenado.

¡Hablaréis de parricidio! ¿Eran acaso mis padres aquellos seres para quienes fui una carga abominable, una mancha de infamia, para quienes mi nacimiento fué una calamidad y mi vida una amenaza y una vergüenza?

Buscaban un placer egoísta; tuvieron un hijo imprevisto. Suprimieron el hijo. Yo hice lo mismo con ellos.

Y, sin embargo, hasta hace poco tiempo estaba dispuesto á quererles.

Hace dos años que aquel hombre, mi padre, entró en mi casa por primera vez. Nada sospeché. Me encargó dos muebles. Supe luego que había hablado con el cura, quien le había informado de mi conducta.

Volvió á menudo; me hacía trabajar y pagaba bien. A veces hablaba un rato conmigo. Yo sentía afección por él.

A principios de este año trajo á su mujer, mi madre. Cuando entró, temblaba de tal modo, que creí que padecía de una enfermedad nerviosa. Pidió una silla y un vaso de agua. No dijo nada; miraba mis muebles y mi taller con expresión 'alocada; contaba sin dar pie con bola á lo que decía su marido y cuando se marchó pensé que no estaba en su cabal juicio.

Volvió al mes siguiente. Entonces se mostró serena y dueña de sí misma. Aquel día charlaron largo rato y me hicieron muchos encargos. La vi tres veces más sin adivinar nada; pero un día me habló

de mi vida, de mi infancia, de mis padres. Yo le contesté:

— «Mis padres, señora, eran unos miserables que me han abandonado.»

Llevóse la mano al corazón y se desmayó. Pensé al momento: «es mi madre». Pero nada dejé traslucir de mi emoción. Quería saber cómo se portaría.

Me informé por mi parte. Supe que se habían casado el año anterior y que mi madre estaba viuda hacía tres años; supe también que se murmuró acerca de si habían tenido ó no amores en vida del primer marido; pero no había ninguna prueba de ello. La prueba era yo; prueba que habían querido hacer desaparecer después de ocultarla.

Esperé. Una noche volvió acompañada de mi padre. Aquella vez me pareció muy conmovida no sé por qué. En el momento de irse me dijo: «Le quiero á usted bien porque me parece un buen muchacho y un buen obrero; algún día pensará usted sin duda en casarse; quiero ayudarle á escoger libremente la esposa que le convenga. Me casaron una vez contra mi voluntad y sé lo que padecí. Ahora soy libre, rica, sin hijos y dueña de mi fortuna. Esta es su dote.»

Me alargó un gran sobre lacrado. La miré fijamente y luego dije:

«¿Es usted mi madre?»

Retrocedió tres pasos y se tapó los ojos con la mano para no verme. Mi padre la sostuvo y exclamó:

«¿Está usted loco?»

Le contesté:

«No. Sé que son ustedes mis padres. No me engañan. Confiésenlo y les guardaré el secreto. No siento rencor por ustedes. ¡Continuaré siendo lo que soy; un ebanista.»

El retrocedía hacia la puerta sosteniendo á su mujer, que empezaba á sollozar. Cerré la puerta, metíme la llave en el bolsillo y añadí:

«Mírela usted y niegue que es mi madre.»

Entonces se encolerizó y se puso pálido pensando con espanto en el escándalo que podría promoverse; en que su posición, su nombre, su honor podrían perderse de golpe. Balbuceaba:

«Es usted un canalla, que pretende sacarnos dinero. ¡Así paga el diablo á quien bien le sirvel!»

Mi madre desesperada no hacía más que repetir: «¡vámonos, vámonos!»

Entonces viendo que la puerta estaba cerrada gritó: «Si no abre usted en seguida le hago meter en la cárcel por *chantage* y violencia.»

Yo había conservado mi serenidad; abrí la puerta y vi cómo se perdían entre las tinieblas.

Entonces me pareció, de pronto, que otra vez acababa de quedar huérfano; que me abandonaban; que me echaban al arroyo. Me sobrecogió una tristeza espantosa mezclada con odio, cólera y asco; sentía una indignación profunda contra aquella falta de justicia, de rectitud, de honor, de afección. Eché á correr para alcanzarles á lo largo del Sena, que debían seguir para ganar la estación Chatou.

Pronto les alcancé. Era ya de noche. Andaba con precaución por sobre la hierba, de modo que no me oyeron. Mi madre continuaba llorando. Mi padre decía: «Es culpa tuya. ¿Por qué quisiste verle? Ha sido una locura. Hubiéramos podido favorecerle de lejos, sin necesidad de que nos viera. Ya que no podemos reconocerle ¿á qué hacer esas visitas peligrosas?»

Entonces me precipité hacia ellos, suplicante. Balbuceé: «Ya ven ustedes que son mis padres. Me han rechazado ya una vez. ¿Me rechazarán otra, todavía?»

Entonces, señor presidente, me levantó la mano; lo juro por mi honor, por la ley, por la república. Me pegó, y al cogerle yo por el cuello sacó un revólver.

No sé lo que pasó por mí; tenía el compás en el bolsillo; le herí mientras pude.

Entonces ella gritó: «¡Socorro! ¡Al asesino!» arrancándome la barba. Parece que también la maté. ¿Acaso sé lo que hice en aquel momento?

Luego, cuando les vi á los dos inmóviles, los arrojé al Sena sin reflexionar.

Esto es lo que tenía que decir. Juzgadme ahora.

\*  
\*

El acusado se sentó. Ante aquella revelación se suspendió la vista. Pronto ha de reanudarse. Si fuéramos jurados ¿qué le haríamos á ese parricida?